

HUGO EDGARDO LOMBARDINI
Università di Venezia

Niccolò Machiavelli: *El Príncipe*

XXIV Causas que llevaron a que los príncipes italianos perdieran sus reinos

Si se observan con atención, los elementos que acabamos de comentar hacen que un príncipe de reciente linaje se asemeje a uno de antiguo cuño... hacen que su gobierno adquiera la misma seguridad y firmeza que caracteriza a los de quienes heredan el poder. A un príncipe nuevo se lo observa con mucho mayor detalle que a uno que ha heredado sus territorios, pero, si se le reconocen las virtudes necesarias para el mando, recibirá muchas más adhesiones y reverencias que el heredero. Porque los hombres se preocupan mucho más por el presente que por el pasado, y cuando encuentran que el primero los satisface, dejan de buscar otro tipo de soluciones y se conforman sin más. Incluso, si el nuevo príncipe no comete errores graves, lo defenderán a muerte. Quien haya sido iniciador de un nuevo principado y lo haya agraciado con buenas leyes y cuidado con buenos ejércitos y ejemplos podrá redoblar su orgullo y gloria. En cambio, deberá duplicar su vergüenza quien, siendo príncipe por descendencia familiar, haya perdido su gobierno por la poca prudencia demostrada.

Si se repara en los actos de los señores italianos que han perdido sus estados en nuestra época, se podrá constatar que todos ellos han cometido errores con sus ejércitos, yerros de los que ya hemos hablado con suficiente profundidad. Además, algunos de ellos habían perdido la amistad del pueblo o, si gozaban de ella, no habían sabido granjearse la de los poderosos. Pues no hay otra manera de perder un estado si uno es suficientemente potente como para poder alinear su ejército en un campo de batalla. Felipe de Macedonia, no el padre de Alejandro sino el que fue derrotado por Tito Quinto, no poseía un estado demasiado grande – si se lo compara con el de los romanos y griegos que lo enfrentaron – no obstante esto, por ser un gran militar y haber sabido conquistarse el apoyo del pueblo y de los señores, pudo resistir al ataque durante muchísimo tiempo; y si al final perdió el dominio de alguna ciudad pudo mantener para sí el reino que gobernaba.

Por estas razones, nuestros príncipes – los que durante tanto tiempo han gobernado en sus reinos – no tendrían que adjudicar sus pérdidas a la inclemencia de la fortuna sino, más bien, a su propia incapacidad. En los tiempos de bonanza nunca pensaron que las circunstancias podían volverse adversas: un defecto típicamente humano es no tener en cuenta la tempestad

cuando el cielo está despejado. Y cuando llegaron los tiempos desfavorables no supieron defenderse sino sólo huir, con la vana esperanza de que el pueblo, fastidiado por la insolencia de los vencedores de turno, los llamara a voces. Esta estrategia podría, inclusive, aceptarse si no existiera otro remedio posible al mal, pero nunca se debería adoptar habiendo otras posibilidades. Uno nunca debería dejarse caer... esperando que alguien lo ayude a levantarse. Porque puede que nadie lo haga y, si alguno lo hace – por tratarse de una defensa indigna que no depende de las fuerzas propias – no lo pone a reparo de otras insidias. Sólo las defensas que dependen de ti o de tus virtudes son buenas, ciertas y duraderas.

XXV ¿La fortuna cuánto condiciona los actos humanos? ¿Cómo se neutraliza su influjo negativo?

Sé que muchos consideran que Dios y la fortuna gobiernan los actos humanos y que la cautela de los hombres no es eficaz para cambiar el curso de los eventos pues, contra el destino, no hay posibilidad alguna de actuar. De aquí que no valga la pena esforzarse demasiado por nuestras cosas y que lo aconsejable sea dejarse llevar por el devenir de los acontecimientos. Gracias a los grandes cambios que se produjeron y se siguen produciendo en nuestras tierras – a pesar de las conjeturas humanas –, esta creencia se ha vuelto moneda corriente en nuestros días. E inclusive a mí mismo, algunas veces, me ha parecido digna de adhesión. Pero, para que no se anule nuestro libre albedrío, habría que considerar que la fortuna gobierna sólo la mitad de nuestras acciones y que la parte restante de las mismas la deja en nuestras propias manos. Suelo comparar esta situación a la de esos ríos malditos que cuando se encolerizan, inundan las llanuras, derriban los árboles, arruinan los edificios y modifican el relieve de los terrenos; ante tales desbordes de aguas todos huimos, todos nos inclinamos ante tanta potencia y nadie puede obstaculizar su actuar de ningún modo. Esto no quita que los hombres, en tiempos de quietud, no puedan tomar medidas construyendo canales y diques para que cuando las aguas crezcan nuevamente se encaucen debidamente y su poder destructivo no sea ni tan pernicioso ni de tan seguro efecto. De la misma manera actúa la fortuna: demuestra su potencia donde no hay capacidad adecuada para resistírsele y concentra su accionar donde sabe que no se han construido ni diques ni cauces para contenerla. Si se observa con atención el estado del terreno en Italia – que es la sede principal de esos grandes cambios políticos a los que me acabo de referir – se caerá en cuenta de que se trata de un campo sin defensas. Pues si se pudiera defender con la virtud – como lo hacen España, Francia o Suiza – la inundación no hubiera producido cambios de tan imponente magnitud o, directamente, ni siquiera se hubiera verificado.

Me parece que lo dicho podría considerarse suficiente por lo que respecta a un tratamiento del tema en líneas generales. Pero quisiera indagar un poco más en algunos detalles dignos de interés. Frecuentemente se observa que un día se alaba a un príncipe y al día siguiente se lo denigra, sin que para ellos haya sucedido nada digno de provocar una mudanza tan vistosa. Tal cambio depende de lo que hasta aquí hemos venido manifestando: si un príncipe basa su prosperidad sólo en la fortuna, es evidente que – así como ésta suele variar caprichosamente – variará sin razón aparente la suerte del mismo. Es feliz quien encuentra el modo de actuar en concordancia con los tiempos que le tocan vivir, e infeliz quien con su proceder se aparta de dicho devenir. Los hombres, para conseguir los objetivos que se proponen – es decir, para conseguir gloria y riquezas –, proceden de distinto modo: algunos con prudencia, otros con ímpetu, algunos con violencia, otros con arte, algunos con paciencia, otros con urgencia. Y todos, aun utilizando distintos métodos, pueden alcanzar sus objetivos. Pero hay más... si tomamos como ejemplo dos individuos que actúen con tacto se podrá observar que uno alcanza su objetivo y el otro no; pero también si comparamos uno prudente y otro impetuoso podremos constatar que ambos pueden llegar a coronar sus ambiciones. Estas aparentes incongruencias nacen de la especificidad del momento, de cuánto nuestro accionar se adecue a ella. Sólo así se puede comprender que dos actitudes diferentes puedan, ambas, producir el mismo efecto y que de dos similares, una conduzca a su fin y la otra, no. Se deben tener en cuenta también las consecuencias del cambio de los tiempos. Pues, si uno gobierna con ponderación y paciencia en tiempos que tal actitud se percibe como correcta, dicho gobernante será alabado, mas si los tiempos y las cosas cambian su ruina será segura si no muda su proceder. Es difícil encontrar hombres sensatos que sepan acomodarse a estos cambios. En primer lugar porque no se puede uno alejar de su inclinación natural y, en segundo, porque a quien ha prosperado siempre con un determinado sistema se le hace difícil convencerse de que es hora de cambiar. Por esto cae en desgracia el hombre prudente, porque cuando llega el momento de actuar con ímpetu, no lo sabe hacer. Mas si pudiéramos mudar la naturaleza de cada uno según cambian los tiempos y las cosas, nuestra buena suerte estaría asegurada.

El papa Julio II procedió siempre impetuosamente y se encontró en tiempos tan adecuados a su actuar que siempre obtuvo su objetivo. Consideremos su primera conquista, la que lo llevó a tomar Bolonia cuando aún estaba en vida Giovanni Bentivogli. A los venecianos la idea no los seducía; a los españoles, tampoco; y con los franceses todavía se estaban realizando coloquios a tal fin. No obstante la situación, con la ferocidad y el ímpetu que lo caracterizaba, se lanzó personalmente a la expedición. Esta maniobra paralizó y dejó sin respuesta a venecianos y españoles, a los primeros, por miedo y, a los segundos, por su deseo de recuperar el Reino de Nápoles. Y, además, hizo que el rey de

Francia no pudiera negarle su ayuda pues éste (visto que necesitaba su amistad para disminuir el poder veneciano) al ver que los ejércitos papales se movían, consideró que negarle el apoyo de sus gentes se hubiera interpretado como una evidente injuria. Así fue que Julio II, con su impetuosa maniobra, logró lo que ningún otro pontífice que utilizara la cordura humana habría logrado. Pues si para mover sus ejércitos de Roma hubiera esperado tener ya todos los pactos firmados y el destino de la guerra signado (como habría hecho cualquier otro papa) nunca le hubiera sido posible alcanzar sus objetivos. Francia hubiera aducido mil excusas distintas y los otros, una infinidad de temores. Dejemos de lado sus otras empresas, que todas son similares a la que trajimos a colación y todas terminaron otorgándole la victoria. La brevedad de su vida hizo que no conociera reveses en su gobierno. Pero si le hubiera tocado vivir un cambio de los tiempos, momentos en que se necesitaban actitudes prudentes, su ruina habría estado asegurada, pues nunca hubiera podido adoptar otros modos como no fueran los que su inclinación natural le dictaba.

En conclusión: visto que la fortuna es variable y que los hombres se obstinan en mantener su modo natural de actuar, les tocará ser felices cuando coincidan su modo de ser y la predisposición de la época, y serán infelices cuando estos aspectos se contrapongan. No obstante todo esto yo considero que actuar con ímpetu es preferible a utilizar modos cautos porque la fortuna tiene carácter de mujer y – como se sabe – a la mujer para someterla, es necesario aporrearla y maltratarla. La fortuna con mayor frecuencia se deja vencer por los violentos y, como toda mujer, es amiga de los jóvenes... los menos prudentes, los más feroces y los que la someten con mayor audacia.